
LÍRICA**PALABRA VIDA**

Te atrapo en un conjuro,
de palabras azules sin forma.
De palabras mariposas
sueltas, como vistas sin foco.
Te acelero hacia mí, con el
amanecer volviendo de su
rutina; te despierto, insinuándote
sueños dibujados en arenas...
El silencio envuelve con sus telas,
blanca araña disipando mis anhelos.
Te atrapo en un conjuro,
de palabras gotas que se niegan
a soltar paredes blandas,
palabras paredes que se doblan, se
disuelven.
Acampamos, detenemos, nuestros
cuerpos des-armados en la noche
de palabras sentadas, de palabras
seda buscando piel y aromas.
Me atrapa tu conjuro de niñas
palabras deshojando espinas
pasadas; niñas palabras disolviendo
Ojitos fríos.
No hay lógica de tiempo, ni distancia
imposible; no hay yo, no hay vos.
Hay conjuros que se mueven
en palabras olas, en silencios breves.
El instante nos encierra.

En el hueco
de mis brazos tu silueta hace estrellas,
y mi pecho te guarda la noche,

Te guarda,

Te vibra...

RAINBOWS

Una vez más
incienso masacrado a palabras
al otro lado, a ningún lado
del iris arco,
la miseria espera.
Una vez más
música de rabia viaja en tormentas
abismos que te escapan,
tan abismada, tan destilando belleza.
Llega, suena y hiere. No hay refugio
de vos en el recuerdo.
Llega, suena y hiere
Una vez más
tu palabra sedienta de brazos:
Déjame ver las marcas de tus ojos, dicen entre soplos, un
viejo capricho azar
nos lleva al pequeño cuarto; lo inundamos de miradas
febriles, esos dulces discursos
del silencio; las manos vuelan en caricias, los cuerpos
duermen el único instante de milagro. Andan sin penas los
pies, en los músculos de la noche te guardo;
aves de arena son tus besos, aves de niebla tus miedos.

Resiste pequeña mía luna,
resiste que el espejo negro
siempre muere con el sol;
en nuestra fusión,
tu luz mata mi noche.

 No pregunto dónde estabas
 no te busco;
te encierro en esa noche de sol, de azares y magnolias.
 Te sonrío, bendigo tu medicina de abrazos
espontáneos,
 sin disolver,
 sin agua.

Arco iris de miel
tu mirar de azúcar
reduce al monstruo,
lo hace flor.

Fernando Fontán

PESADILLA O ESTRELLAS TURBIAS

La humanidad
es el conjunto de suicidas
 espurios
que buscan
con celulares fucsias
cómo incomunicar
las entrañas del espejo

Los labios desamparados

simulan
retorcidos simulacros
mientras frotan
el lápiz bilabial dorado
para ignorar
la utopía del tiempo

Y la billetera inútil
observa
exangüe
al cepillo erizado
que alisa la inconsistencia
de una pregunta que se hace carne:

¿Cómo perdura el dolor
con el latido de una pesadilla amarillenta
en mi cuaderno de notas?

El espanto
se presenta a veces
sin prevenirnos
Sale de paraguas celeste
porque la lluvia ácida
agujerea hasta el cráneo

Todo es tan irreal y ficticio
que cabe en un bolso de mano
Pero siempre explota y pulula
crepitando
como la caja de Pandora.

Diana Rosés

POEMARIO

I

Gritos intermedios que acribillan los espacios
Con su melodía despiadada
provocan el cimbronazo de la tierra
Voces huecas,
llenas de sentimiento,
sobrepasan las fronteras de lo intolerable.

No son hombres ni mujeres concretos
Son sustentos de surrealidad perdida
Abrigan ausencias
Ellos
Mensajeros de la carencia
Esperpentos de verdades intangibles pero tan reales.

Y se suceden los alaridos pequeños
de los diminutos perseguidores de sueños,
con ojos como burbujas plenas de melancolía
por un destino obsoleto ya en el inicio de la vida.

Relámpagos letales sobre el aire oscuro
Presencias inaudibles para el sentido
¡El miedo!
El insolente puño sobre tu frágil esperanza.

Gritos intermedios desde todo punto del planeta
Aullidos animales en las chozas de la miseria
Muros del oro negro
como cascotes que se derrumban sobre la inocencia.

Rifles habladores, desenfrenados oradores,
con balas que arremeten contra toda semántica
Muñecos ensordecidos, como marionetas estúpidas del odio,
reproducen el nuevo lenguaje de las masas.

Ansiedad extrema por decir,
pero no quedan palabras
Nada sale
Ruido, estruendo
Sólo las balas hablan.

II

Memoria altiva en calma de cementerio
Todo lo que hacemos como preguntas arrojadas al mar

Cada hombre, una perspectiva del mundo

Silbidos a lo lejos, persianas condenadas
Ojos turbios esperando

Nada más difícil que la soledad
Y hasta, a veces, la compañía

Desde todos los frentes
Brazos se estiran lastimosamente
En una absurda pretensión de encuentro

Aves muertas sobrevuelan las esquinas de tu llanto
La oscuridad de la tierra gravita entre los pasos

Alguien pregunta con estrépito
¿Pero a quién? ¿Dónde te escuchan?

Sosiego de ultratumba
Movimientos ausentes de las partes sin su centro

Arboledas desnudas, sus copas como venas que miran al cielo,
que esconden sus miserias de ratos de bohemia.

I

Me saco el corsé, me pongo la piel y salgo a bailar.
Los ritmos se arrinconan libres en mi mirada.
Tengo sed, quiero seducir.

Afuera hay ruido, la ciudad es un semillero de estridencia.
Ya no sé qué es el silencio, no escucho su nombre.

Hoy quiero despojarme de la melancolía
o hacerla mi más fiel compañera.
Fumo. No es suficiente. Nada me saca de mí.
Hay pensamientos que me amordazan,
estrujan mi discurso, coartan mis palabras.
Escribo para liberarme.

Para encontrar mis poros lexicales y desenterrar semánticas
/difusas.

¿Cuál es el trazo de la amargura?

Trago literatura.
Devoro poesía: soy una estrofa.
Busco el mientras o el entre del cómo estás.
Deseo tu boca como se anhela lo imposible.

Repito lo de siempre: nada me satisface. Pero bailo, transpiro
en esos movimientos eróticos del qué me importa.

La música acuchilla los puntos de mi yin and yan.
Resucito cada vez que me acerco a ese origen.
Cada vez que toco mi mandala y despierto guiado por su fuerza.

Todo artista es un ser andrógino.
El huevo del verbo se rompe entre sus dedos
Y el crac lastima sutilmente la estepa del papel.
Mojo mi sangre con esa metáfora y excarcelo al deseo.
Lejos de mí la anquilosada estructura de lo correcto.

Se muere pronto. Me muero con él.
Ahora, nada. Volver.
Disimulo las huellas de mis ojos.
Clausuro los pestaños de mis pies.
Y me disfrazo con el overol de la nostalgia.
Ya es de día.
Me ajusto de nuevo el corsé.

II

Tengo una lágrima que nunca muere,
que tiene el color de la impotencia y la contextura de la soledad.
Tengo unos ojos pequeños que no caben en su mar,
que quieren contener su firmamento pero resbalan sin cesar.

Esa humedad me acaricia y como hormiga recorre las sendas
calientes de mis poros.
Tengo sed.
Pero el agua ocular no es aljibe, sino cantera de la sequedad.

Duele despacio, acá adentro, pero profundo.
No se detiene.

Es un reloj intermitente que señala las horas del vacío.
Somos pozos de búsquedas.
Trajes pomposos de escalofríos.
¿Cuántas pieles hay que atravesar para llegar al centro de un
/par de ojos?

María Bazán Lazcano